

C. DE SOTO Y CORRO

ANT
XIX
1271/17

COLÓN Y AMÉRICA

(POEMA HISTÓRICO)

MADRID

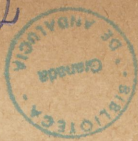
LIBRERÍA DE FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2

—
1892

19 cmj R.75.272

C. DE SOTO Y CORRO



COLÓN Y AMÉRICA

(POEMA HISTÓRICO)

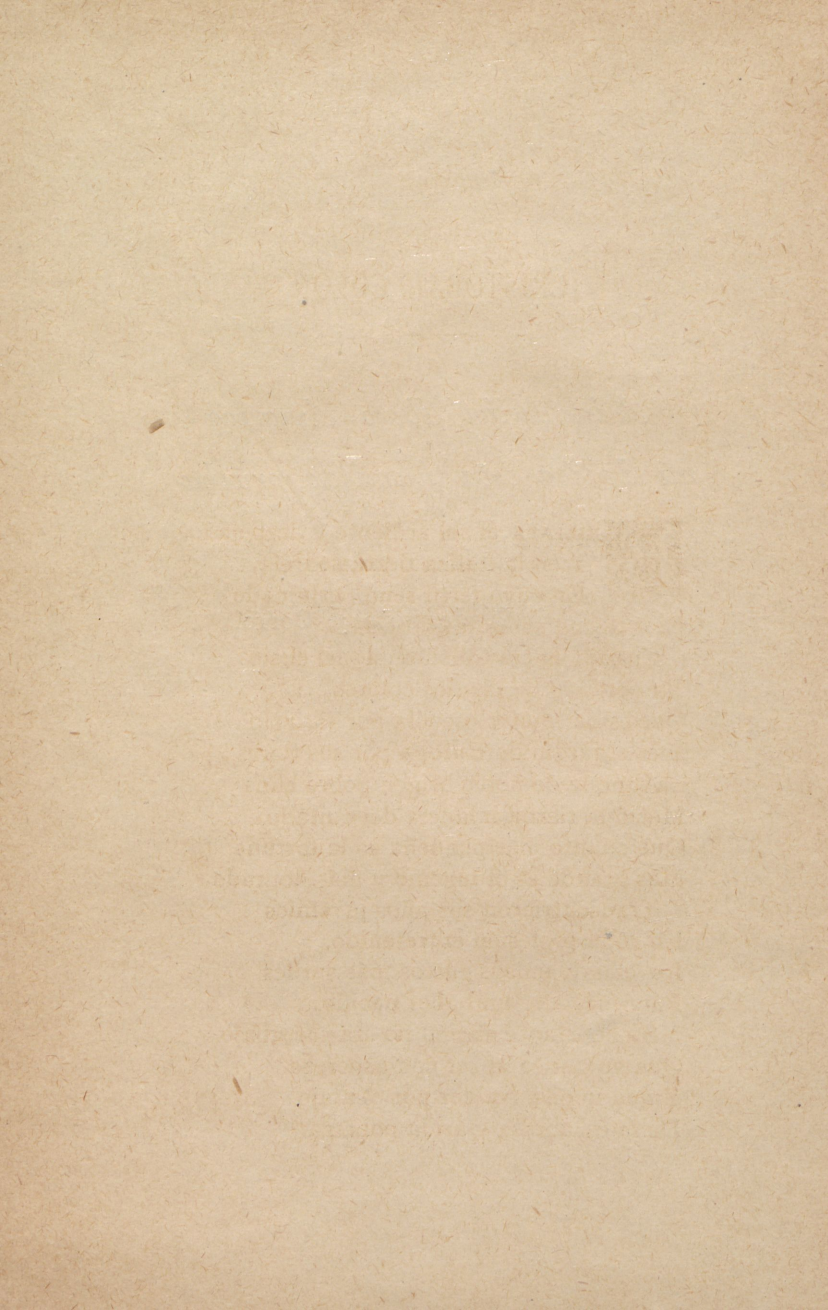
MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2

1892

—
ES PROPIEDAD
—

*A la Unión Ybero-Americana
dedica esta humilde prueba
de simpatía*

C. de Soto y Corfo.



CRISTÓBAL COLÓN

I

BRILLABA el sol ardiente y despejado,
Y en la itálica tierra sonreía,
En cuyo fértil seno perfumado
El arte con sus galas florecía,

Cuando nació Colón en aquel suelo
Tan ornado de vívidos colores,
Que es del pintor escuela por su cielo
Y es el jardín de Europa por sus flores.

Aunque de noble origen pobre cuna
Meció la tierna infancia del cuitado;
Que cuanto más pequeña es la fortuna
Más grande es el ingenio y más honrado.

Transcurrieron sus años juveniles
En ruda profesión entretenido,
Revelando en sus gustos más sutiles,
Para más alto fin haber nacido.

Su constante afición no era el trabajo
Que vulgariza al ser con aspereza
Y que impele traidor por el atajo
De la escabrosa y árida pobreza.

Sino el útil estudio provechoso
Del claro entendimiento que se ofrece
En pró de los demás beneficioso
Y que ilumina al hombre y lo engrandece.

Su anhelo de saber lo que ignoraba,
Su amor por los encantos siderales,
A concebir, ardiente le inclinaba,
Portentosos y extraños idéales.

Y dirigiendo al cielo su pupila
Parecía observar meditabundo,
El cordón invisible donde oscila
La misteriosa lámpara del mundo.

Presintió lo infinito de la ciencia
Llena el alma de mágicos ardores,
Y el fuego de la santa Omnipotencia
Le animó con sus puros resplandores.

Ilustrado en las clásicas corrientes
Del preclaro saber y en los misterios
De científicos libros excelentes,
Anheló conocer los hemisferios.

Un ardor infinito comenzaba
En su cabeza á germinar fogoso,
Y al azar de los mares le impulsaba
Tras un dorado ensueño venturoso.

Listo en la lengua universal del Lacio,
Astrólogo y cosmógrafo profundo,
Se inició en los secretos del espacio
Y en la grandiosa redondez del mundo.

Y lanzándose, intrépido viajero,
Por las marinas ondas traicioneras,
Emprendió el suspirado derrotero
Hacia lejanas costas extranjeras.

Largo tiempo surcó, bravo marino,
El inmenso caudal del Oceano,
Y siempre, por la fuerza del destino,
Dirigiendo algún buque italiano.

Hasta que en pós de célica ventura
Y de rica ilusión, bellas hermanas,
Ansioso de gozar calma y dulzura,
Desembarcó en las tierras lusitanas.

Soñaba á la sazón la gran Lisboa
Llena entonces de sabios y talentos,
Con una exaltación digna de loa,
En hacer por el mar descubrimientos.

El joven genovés, ya conocido
Por su vasta instrucción y su pericia,
En la ciencia cosmógrafa, acogido
Fué con muestras de amor y de justicia.

Tan gratas y risueñas impresiones
Halagaron el pecho del marino;
Mas también otras nuevas emociones
Decidieron su suerte y su destino.

Sensible el alma al natural deseo
De una inmensa pasión, quedó prendida
Su voluntad al yugo de himeneo
Con la dulce cadena bendecida.

Pero tan tierno amor, en su memoria
Bien lejos de agotar claros raudales,
Arraigó más y más su afán de gloria
Y enardeció sus ricos idëales.

Mas ¿cómo realizarlos? ¿cómo un día
Cima dar á sus cálculos grandiosos,
Si, mísero y modesto, carecía
De los medios precisos y costosos?

Estudió sin cesar, trabajo insano,
Persiguiendo su mágica odisea;
Investigó curioso el Oceano
Y visitó la Islandia y la Guinea.

De la vida las rudas atenciones
Cuando no navegaba, las cumplía,
Su ingenio utilizando en producciones
De náutica y de exacta geografía.

Que el rigor de la suerte combatiendo
Le hiciera de su genio comerciante,
Sus esferas y mapas construyendo
Para venderlas triste al ignorante.

Y tal nombre alcanzó, que, como rama
Formando sobre el tronco espesa copa,
Se extendió la noticia de su fama
A los hombres más sabios de la Europa.

Su relación directa con aquéllos,
Y su práctica al par que su teoría,
Dieron al genovés nuevos destellos
Y lo empeñaron más en su porfía.

Si era según su cálculo profundo
La redondez esférica evidente,
Y fácil encontrar parte del mundo
Navegando de Oriente hacia Occidente;

Si cual pruebas visibles y palpables
Que dieron luz y misteriosa traza,
Lograron descubrir irrecusables
Vestigios de otra tierra y de otra raza;

Viendo flotar en mares procelosos
Lejanos de los nuestros, sorprendentes
Maderas, juncos, árboles grandiosos,
Cadáveres de rasgos diferentes;

¿Cómo vacilar ya? ¿No era él acaso,
El prudente Colón, sér elegido
Para emprender el azaroso paso
Por aquel vasto mar desconocido?

Con religiosa fe pensó que el cielo
La sublime misión le encomendaba
De transportar al suspirado suelo
La verdad que el antípoda ignoraba.

A su patria feliz correspondía
La triunfal posesión del continente
Que á través del espacio descubriría
Con el fuego divino de su frente.

Y con digna actitud, más que modesta,
Le ofreció su conquista fabulosa;
Pero jingrata nación! á su propuesta
Contestó indiferente y desdeñosa.

Herido al ver su justa confianza
Y patriótico afán, intento vano,
Con la bella ilusión de su esperanza
Volvió entonces al reino lusitano.

Hubo una tregua asaz mortificante;
Y el trono al ocupar Don Juan segundo,
Creyó el náuta llegado ya el instante
De caminar hacia el soñado mundo.

Amante aquel monarca de la ciencia,
Del progreso y del hombre activo y sabio,
Y hecha por los marinos la experiencia
Favorable y feliz del astrolabio,

Acogió generoso y complacido,
Prestando al genovés audiencia atento,
El plan tan seductor como atrevido
De aquel raro y audaz descubrimiento.

Mas la técnica Junta designada
Para dar solución tan importante,
Juzgó la empresa inútil y arriesgada
Y á su inventor de loco extravagante.

¡Cuántos nobles empeños concebidos
Fueran, sin el desprecio y el sarcasmo,
Gloria de una nación, favorecidos
Con general apoyo y entusiasmo!

Tras el informe aquel desfavorable,
Pues el proyecto absurdo parecía,
Contra el sabio marino memorable
Urdieron la más negra felonía.

Los más altos poderes convenidos
A fin de resolver un doble intento,
En su pró averiguando fementidos,
La verdad de aquel grande pensamiento,

Pidieron á Cristóbal, pretestando
Un examen mayor y minucioso,
Documentos y cartas, simulando
Un interés profundo y generoso.

Y en su poder las notas con el hilo
De todo el vasto plan que señalaban,
Mandaron una flota, con sigilo
Seguir la ruta que ellas indicaban.

Mas frustróse el ardid, porque el piloto,
Su falta de valor disimulando,
Volvió de aquel camino tan remoto
La decantada exactitud negando.

Ofendido Colón por la perfidia
De tan villana y cruel estratagema,
Y fustigado por la innoble envidia,
Al par que en situación dura y extrema,

Viudo, pobre, abatido y pesaroso,
Su decepción horrible lamentando,
Aquel suelo dejó, pero animoso
Siempre su convicción alimentando.

Mas por doquier su aspiración propuso,
Cual si imposible y temeraria fuera,
Tuvieron al marino por iluso
Y su ideal portentoso cual quimera.

¡Cuánto debió luchar con la ignorancia
De su tiempo infeliz, aquel coloso
Del humano saber, que en su constancia
Halló otro mundo inmenso y poderoso!

¡Martirio torcedor, pena indecible,
Que al sufrir sin desmayo su alma ardiente,
Hizo más meritoria y ostensible
La diadema triunfal sobre su frente!



FRAY JUAN PEREZ DE MARCHENA

II

Allá en un campo que encierra
Como escondidos caudales,
Valiosos minerales
En el seno de la tierra.

Donde alegre luce el día
Bajo los reflejos de oro
Del sol que alumbra el tesoro
De la hermosa Andalucía;

Y cerca del noble puerto
Que abrió el camino de gloria
En la memorable historia
De otro mundo descubierto.

Con cierta aureola santa
Un edificio grandioso
Severo y majestuoso,
Sus altos muros levanta.

Es un asilo sagrado
De paz, de oración y guía
Por nombre Santa María
De la Rábida llamado.

Nombre que cual bello disco
Alumbra á los que allí existen
Humildes siervos que visten
El sayal de San Francisco.

Por siempre el recuerdo llena
Esta mansión venerable,
Del prior inolvidable
Fray Juan Pérez de Marchena.

Era aquel buen religioso
De voz dulce y cariñosa,
Y de faz tan animosa,
Como sabio y virtuoso.

En el convento querido
A la vez que respetado;
En la comarca adorado
Y de todos bendecido.

Pues doquiera que el dolor,
Del hombre enemigo fiel,
El golpe lanzaba cruel
Cual homicida traidor,

Su auxilio y benevolencia
Prodigando al que lloraba,
Allí el padre Juan llegaba
Cual divina providencia.

A tan noble condición
Unida la del saber,
Su fama se hizo extender
Por la española nación.

Tanto, que hasta desde lejos
Con frecuencia, numerosos
Personajes poderosos
Le suplicaban consejos

Que él daba con su experiencia;
Pero con mayor agrado
Al triste y necesitado
Prestaba su preferencia,
Y su más dulce consuelo
Era hacerle beneficios
A costa de sacrificios
Y de su propio desvelo.
Así de su afán en pos,
Con tan hermosas acciones
Conquistando corazones
Y almas puras para Dios.
Cumpliendo con fe creciente
Su religión bendecida,
Se deslizaba la vida
De aquel varón excelente.

Una tarde de Febrero,
De esas en que sin reposo
Silbando aquilón furioso
Se desenvuelve ligero.
Cuando el huracán ensaya
Sus ruidosos desatinos
Levantando en remolinos
Las arenas de la playa.
Y los árboles se mecen
Asustando á las sencillas
Indefensas avecillas
Que en sus ramas se guarecen.
Grisas nubes apiñadas
Iban como triste velo

Cubriendo el azul del cielo,
De electricidad cargadas.

Un relámpago brillante
Rompió las capas oscuras
Y el trueno por las alturas
Rugió sordo y retumbante.

Y de las nubes ya rotas
Al eléctrico poder,
Empezaron á llover
Gruesas y pesadas gotas.

En tan críticos instantes
Huyendo del aguacero,
Por un angosto sendero
Subían dos caminantes.

Y aunque sin fuerzas marchaban
Por el cansancio y el frío,
Mirando al cielo sombrío
Sus pasos apresuraban.

En pos de abrigo corrían,
Azotados por el viento,
Y al ya próximo convento
Sin duda se dirigían.

Lo pobre de sus vestidos
Y su faz pálida y seria
Reflejaban la miseria
Entre rasgos distinguidos.

Por su edad y semejanza
Padre é hijo parecían,
Y en sus ojos traslucían
La virtud de la esperanza.

Cuando anhelantes los dos
Al monasterio llegaron,

Humildes se arrodillaron

Para dar gracias á Dios.

Y á su angustiosa llamada

Aquella bendita puerta

Siempre para el triste abierta,

Les fué al punto franqueada.

Con dulce piedad y amor

Fueron ambos socorridos,

Siendo después conducidos

A presencia del prior.

Cuando el sabio religioso

Fijó en ellos su mirada,

Con expresión asombrada

Quedó atento y silencioso.

¿Qué vió en los pobres viajeros?

¿Qué luminosos destellos

Pudo observar en aquellos

Desconocidos semblantes?

Mas, vuelto en sí, con fe pura

Al besarle ellos las manos,

—¿Sois extranjeros, hermanos?—

Les preguntó con dulzura.

—Génova fué mi nación,

El de más edad le dijo.—

Este mancebo es mi hijo;

Y yo... Cristóbal Colón.

Al escuchar este nombre,

Extendió el prior los brazos

Y entre sus amantes lazos

Estrechó á aquel grande hombre.

—Conocía vuestra fama

Y os adiviné—exclamó;—

¿Quién en vuestra faz no vió
Del genio la excelsa llama?—

Hízole sentar, y al ver
De su traje la pobreza,
Sin ocultar su extrañeza,
Su historia quiso saber.

¿Cómo había de pensar
Que aquel marino ilustrado,
Geógrafo tan celebrado
Al que anhelaba admirar,

En tan triste condición,
Demandando pan y abrigo,
Cual un mísero mendigo,
Llegaría á su mansión?

¡Vaivenes de la existencia;
Misterios incomprensibles;
Arcanos indefinibles
De la Suma Omnipotencia!

Cuando, tras un breve rato,
Hubo el padre Juan sabido,
Atónito y conmovido,
Hasta el final del relato,

De aquel genio poderoso
Comprendiendo la grandeza,
Y la importancia y riqueza
De su plan maravilloso,

Le ofreció albergue y consuelo
Y su apoyo decidido,
Que aquél aceptó rendido
Y dando gracias al cielo.

La alta idea que rechazaron
Tantos hombres eminentes,

Oyéndola indiferentes,
Porque absurda la juzgaron,
De magnitud tan extraña
Pareció al padre Marchena,
Tan provechosa, tan buena
Y tan feliz para España,

Que sin prever vanas leyes,
Le aconsejó fuese recto
A presentar el proyecto
A los Católicos reyes.

Y para que fácil fuera,
Le dió recomendación
Y carta de introducción
Para el padre Talavera.

Agradecido y contento,
Con lágrimas en los ojos,
Bendijo Colón de hinojos,
Su llegada á aquel convento.

Y dejando en él á su hijo,
Como seguro lugar,
Se apresuró á caminar
Ya con aquel rumbo fijo.

La guerra contra el infiel
Llevó á Córdoba la corte,
Con su espléndida cohorte,
De Fernando y de Isabel.

Y allí, con cartas y planos,
Fué Cristóbal, convencido
De que iba á ser atendido
Por los nobles Soberanos.

Mas bien pronto, su ilusión,
Quedando desvanecida,

Vió su esperanza perdida
Con horrible decepción.

Pues sin advertir el tono
De su discreto lenguaje,
Sino lo humilde del traje
Para llegar hasta el trono;

Prescindiendo del influjo
Del que así lo encomendaba,
A quien alterar no osaba
Las etiquetas del lujo,

Aumentando la amargura
De su corazón sensible,
Dijéronle que imposible
Era su intento y locura.

En vano Cristóbal quiso
Dar fuerza á su pretensión
Con la ilustrada opinión
Del que hicieron caso omiso.

En vano también quisiera
Convencer de lo importante
De su proyecto brillante
A Fernando Talavera.

Pues éste, que se temía
Una siniestra intentona
De la mísera persona
Que tal riqueza ofrecía,

Negóse, altivo y severo,
Sin más consideración,
A secundar la intención
Del atrevido extranjero.

De este golpe la dureza,
Por su desdichado sino,

Sumió al heroico marino
En la más honda tristeza.

Mas no desistió por eso,
Que, confiado en que un día
La desgracia dejaría
De oprimirlo con su peso,

Siguió firme y afanoso
Consagrando su existencia
A su anhelada experiencia,
Y ofreciendo laborioso

De su ingenio pruebas hartas,
Volvió en tan ruda ocasión
A su antigua profesión
De los globos y las cartas.

Mas ¡qué martirio constante;
Qué guerra tan inaudita
Sostuvo con fe bendita,
Contra la gente ignorante!

Pero al cabo, poco á poco,
Cesó la crítica diestra;
Que aquel hombre daba muestra
Más de sabio que de loco,

Y las personas sensatas
Su apoyo le concedieron
Y hacerle olvidar, quisieron,
Sus desventuras ingratas.

Altos señores se honraron
Con su amistad y atención;
A un eminente varón
Una vez lo presentaron

Y al fin, su espíritu ledo
La expansión ansiada goza,

Ante el ilustre Mendoza
Arzobispo de Toledo,

A quien refiere sus cuitas,
Y con tal ardor expresa
Lo grandioso de la empresa
Y sus luchas infinitas,

Que el prelado conmovido
Después de juzgar ociosas
Ciertas dudas religiosas
Que le hubieron contenido,

Lo acogió con vivas marcas
De protectora clemencia,
Y lo llevó á la presencia
De los augustos monarcas.

Pronto comprendió Fernando
Discreto cuánto animoso,
Todo lo grande y curioso
De lo que estuvo escuchando.

Vió que aquel plan se fundaba
Sobre científicas bases,
Y que por todas sus fases
Un gran mérito acusaba.

Y con la noble ambición
Que le acredita su historia,
Por el progreso y la gloria
De su trono y su nación;

Entusiasmado en exceso
Tras de un detenido examen,
Quiso saber el dictamen
De los sabios en congreso.

Reunidos en Salamanca,
Ante aquellas eminencias

Dió Colón sus conferencias
Con voz persuasiva y franca.

En los primeros momentos
Los más, aunque prevenidos,
Escucharon sorprendidos
Sus hermosos argumentos.

Pero hasta entonces las ciencias
Oscuras y aún atrasadas,
Tuvieron tan limitadas
Sus virtudes y excelencias,
Que muchos por ignorantes
O por necios y envidiosos,
Discursos tan luminosos
Tacharon de extravagantes.

Y con despecho profundo
Negaron, cual Talavera,
Que un hombre solo supiera
Más que todos en el mundo.

Mientras estas discusiones
Fueron los años corriendo,
Y ya Cristóbal creyendo
Inútiles sus gestiones,

Solicitó nueva audiencia
Que los reyes le otorgaron,
Mas las dudas confirmaron
De su ya triste experiencia.

Aunque de los labios reales
Escuchó el ofrecimiento
De coadyuvar á su intento,
Cuando acabaran los males

Que ocasionó el moro egoísta
Por la traición y sorpresa,

Y dieran fin á la empresa
De la ansiada reconquista.

Juzgando Colón tal cosa
Una evasiva y motivo
Para desandar activo
Senda tan infructosa;

Y convencido también
Que la española grandeza
No expondría su riqueza
En su favor y sostén;

Determinó presuroso
Dirigirse con su instancia
A pedir al rey de Francia
Su auxilio tan poderoso.

Y cual siempre resignado
A tantas contrariedades,
Calmando sus ansiedades
Con espíritu templado

Pero con profunda pena,
En su pensamiento fijo,
Por recoger á su hijo
Y adiós decir á Marchena;

Cual guerrero voluntario
Que anhela el combate ardiente,
Se encaminó diligente
Al convento hospitalario.

Mas ¡cuánto el noble Colón
Debió sufrir dolorido,
Para tomar decidido
Tan firme resolución!

¡Él, que en sus sueños de rosa
Con su científica hazaña

Pensó obtener para España
La conquista más gloriosa,
Y deber el hecho hermoso
De su ardorosa porfía,
A la espléndida hidalguía
Del español generoso;
Verse al fin tan desairado
Después del tiempo perdido;
Sin ser viejo envejecido,
Y sin ser débil cansado.

Con la horrorosa tortura
Que en los grandes corazones
Producen las decepciones,
Tener con honda amargura
Que ahogar aquella ilusión,
Y sintiendo el crudo engaño
Marchar á otro suelo extraño
Con su eterna pretensión...!

Pero no; que fiel velaba
Por el sabio sin ventura,
El prior, quien con tristura
Al saber que se alejaba

Le detuvo cariñoso,
Y con patriótico ardor
Calmando el fiero dolor
De aquel pecho valeroso,

—«¿Será posible—le dijo—
Que una empresa tan gloriosa
Cuya inspiración hermosa
Sin duda el cielo bendijo;

Y que el Señor nos ofrece
Por medio de vuestra ciencia,

Con punible indiferencia
Que ruin mezquindad parece,
De la española nación
La dejemos escapar,
Cuando es preciso agrandar
Y enriquecer su extensión?
¡Oh, no, esperad, os suplico!
¡Que no es acción digna y cuerda
Dejar que la patria pierda
Un porvenir tal vez rico.
Con la ayuda celestial
De mi bendito patrono,
Yo llegaré al pie del trono,
Y aunque modesto mortal,
En pró de la gloria hispana
Demandaré arrodillado,
El auxilio deseado
De la reina soberana!»
Tal dijo el buen religioso;
Y en breve con diligencia,
Fiando en la Providencia,
Marchó á la corte animoso.



ISABEL LA CATÓLICA

III

Orillas del claro río
Que caudaloso serpea
Por los campos jerezanos
Entre viñas y chumberas;
 Allí donde el cielo quiso
Prodigar sus excelencias
Derramando generoso
Sus infinitas bellezas;
 La ambición del mahometano
Y la venganza funesta
De quien traidor á su rey,
Con la perfidia más negra
 Hizo correr abundosa
En la desigual contienda
La sangre de los cristianos
Con el ardid y la fuerza,
 Alzó la infiel media luna
Oprimiendo con violencia
Al noble pueblo invadido,
La muchedumbre agarena.

Con el último rey godo
Despareció la grandeza
De aquel desdichado imperio
Que triste página cuenta.

La rota del Guadalete
Grabó con profunda pena
En los pechos españoles
Aquella terrible ofensa.

Mas si el bárbaro enemigo
En ominosa pelea
Osara destruir alevé
Nuestras legiones guerreras,
No así destruyó el dominio
De la santa fe que alientan
Los corazones cristianos
Ni su valor y entereza.

Entre los riscos de Asturias
Tremolando su bandera
Un puñado de valientes
Juran morir en defensa

De su Dios y de su patria,
Y su difícil empresa
Esforzados y ganosos,
Con bélico empuje empiezan.

El santo escudo se impone
A la cimitarra fiera,
Temor infunde el caudillo
A las hordas sarracenas,

Y el noble ardor de Pelayo
Que imitadores encuentra,
De su cetro y su corona
Los sucesores heredan.

Honor y lustre á su trono
Cada rey que sigue agrega,
Y recobrando terrenos
Con sus heróicas proezas,

Los monarcas españoles
Su origen egregio prueban,
Y sus dominios ensanchan
Y su poder recuperan.

Los Alonsos y Fernandos
El brillo de España aumentan
Y alto renombre en la historia
Con sus grandes hechos dejan.

Y así avanzando el creyente
Por sus comarcas extensas
Y retrocediendo el moro
Humillada su fiereza,

Un fausto período surge
Y un día de gloria llega
En que Aragón y Castilla
Enlazando sus potencias,

A sus Católicos reyes
Que unieron destino y fuerza,
Con dulce esperanza fían
Su libertad y riquezas.

No en vano soñó venturas
La patria infeliz y opresa;
De aquel enlace bendito
No en vano esperó grandezas.

Inspirados por el cielo,
Ceñida la sien egregia
Con las coronas augustas
Del talento y la nobleza,

Los Católicos monarcas
A reñida lid se aprestan
Para librar á sus pueblos
De la morisma extranjera.

Encendidos en la llama
De la fe que arde en sus venas,
Rechazan de sus estados
A las huestes agarenas;

Las combaten vigorosos
En numerosas peleas,
Y donde la espada esgrimen
El miedo y la muerte siembran.

Victoria tras de victoria
Ganando van con presteza;
Laureles y más laureles
Con honroso orgullo ostentan.

La obra de la reconquista
Que en Covadonga comienza
Concluye por fin triunfante
En las granadinas vegas.

Pero no ceden al peso
De sus gloriosas preseas,
Ni al descanso los monarcas
Conceden reposo y tregua.

Que en el cielo de su dicha
Cual premio á sus excelencias,
Un astro hermoso aparece
De esperanzas lisonjeras.

Y los que activos cumpliendo
Su solemne misión regia
Libertaron poderosos
A su nación de la afrenta,

Para mayor bien le ofrece
Sus fabulosas riquezas
Un mundo desconocido,
El mundo que un hombre sueña.

Y en aquel ignoto suelo
Con sublime ardor anhelan
Extender la luz preciosa
De la religión excelsa.

Hermosa cuanto valiente,
Prendida en el sacro fuego
En que fundió sus virtudes
La mujer del Evangelio,
La noble Isabel primera
Con varonil ardimiento
Ceñido el brillante casco,
Y en su diestra el fuerte acero,
Sobre su alazán brioso
Prestando valor y aliento,
Estrella fué de ventura
Para su aguerrido ejército.

Pisando sobre laureles
Caminó de pueblo en pueblo
De su dominio expulsando
Al invasor altanero.

Así con pujante arrojo,
Del muslim en seguimiento,
Sin retroceder un punto,
Adelantando terreno,
Ante la bella Granada
Realidad de sus ensueños,

Y ya el último refugio
Que restaba al sarraceno,
En los cármenes floridos
Acampó con sus guerreros,
Y allí entre asaltos y luchas
Tuvo principio el asedio.

Si dura fué la defensa
De los que ansiaban soberbios
Conservar aquel tesoro
Para su encanto y recreo,
Más se sostuvo el ataque
Y más firme fué el empeño
De elevar sobre sus muros
El signo de Dios excelso.

Para mayor fortaleza,
Cual vivo y constante reto,
Enfrente de los sitiados
Alzó el católico un pueblo.

Al pie de una agreste sierra
Vestida de blanco eterno,
En un valle que las flores
Embalsaman con su aliento,

El astro hermoso del día
Lo iluminó con su fuego,
Y con sus arenas de oro
El Darro inundó su suelo.

De Santa Fe el dulce nombre
No sin razón le pusieron,
Que la fe tuvo por base
Y por escudo el refuerzo,
El valor y la constancia
De los religiosos pechos,

Y el sacrosanto estandarte
Sobre su muralla enhiesto.

Tras la lucha sostenida
Con belicoso ardimiento,
Tras largo sufrir continuo
Sin blandura y sin sosiego,

Miró el cristiano rendida
La arrogancia del soberbio
A los pies de sus caballos
Y al golpe de sus aceros.

Por Aragón y Castilla
Quedó el combate sangriento,
Y los reyes en Granada
Su entrada triunfal hicieron.

Cayó la infiel media luna
Y la cruz del Nazareno
Sobre las torres más altas
Mostró sus brazos abiertos.

Lloró Boabdil impotente
Con rabioso sentimiento
La pérdida inapreciable
De su palacio arabesco.

Lloró sus dichas pasadas,
Lloró sus idilios tiernos
Y sus zambras y festines
En el vergel hechicero.

Ante la noble presencia
De los soberanos dueños,
Prestó el rey *Chico* homenaje
Con humildad y respeto;

Y triste hacia la Alpujarra,
Los ojos atrás volviendo,

A llorar fué para siempre
Su amargo dolor intenso.

Con tan inmensa desdicha
Contraste formó el contento,
El bullicio y la algazara
Del afortunado ejército,

Que á los reyes aclamando
Solemnizó con estruendo
La famosa reconquista
Que inmortalizó aquel reino.

Cumplido el deber cristiano,
Cumplidas las esperanzas
De los nobles campeones
Que lucharon por la patria,
La reina Isabel que siente
Sed infinita en su alma
De acciones grandes y hermosas
Y de empresas arriesgadas,
Oye de nuevo el proyecto
Que de Colón escuchara,
De engrandecer sus estados
Con tierras aún no exploradas.

Mas esta vez quien repite
En audiencia reservada,
La relación del intento
Con persuasivas palabras,

Es un varón venerable
A quien considera y ama
Por su saber y virtudes;
Es el guardián de la Rábida.

Con tan gran fe el religioso
Su asunto difícil trata,
Con tanto interés expone
Su comisión delicada,

De tal manera describe
Las riquezas y ventajas
Que el vasto plan del marino
Puede producir á España,

El lustre imperecedero
Que á la corona agregara
Y la gloria que dar puede
A la religión cristiana,

Que la reina conmovida
A la vez que entusiasmada,
Llena de sacros ardores
Y de ilusión rica y santa,

Prometió fiel y sincera
Favorecer la demanda.
A Colón el franciscano
Lleva la noticia fausta;

Vuelve el marino á la corte,
Su gran pensamiento explana,
Y con atención profunda
Son sus frases apreciadas.

La ilustración de Fernando
Del problema aquél alcanza
Que es raro, maravilloso,
Y de innegable importancia.

Y aunque surgen á su juicio
Dificultades no escasas,
Las condiciones precisas
De ajustar al punto trata.

Mas fueron éstas por parte
De Colón, tan extremadas,
Reclamando privilegios
Y preeminencias tan altas,
Que con disgusto y asombro

La corte escandalizada,
Creyendo honor demasiado
E innmerecidas ganancias

Las que el genovés pedía
En cambio de temerarias
Y acaso locas promesas
De su mente extraviada,

Prevenir quiso officiosa
A los discretos monarcas
Y disuadirlos de empresa
Tan costosa como vaga.

Un momento el soberano
Vaciló en la noble causa,
Pero su insigne consorte
Por Dios sin duda inspirada,
Mostrando en su firme acento
Y con insistencia extraña,

Un empeño decidido
Porque el plan se realizara,
«—Acato, dijo á su esposo,
Vuestra opinión ilustrada
Y mi voluntad unida
En todo á la vuestra se halla.

Mas si evadís el proyecto
Porque las guerras libradas
Con honra y con el auxilio
De la omnipotente gracia,

El erario empobrecieron
Y nuestra renta esquilmaran,
No temáis por el tesoro
De vuestra Aragón preciada;
Yo me encargo de dar cima
A la exploración, costeándola
Con los recursos que cuenta
Mi corona castellana.

Y si más fuese preciso,
Si estos medios no bastaran
Para llegar á ese mundo
De riquezas ignoradas,

Mundo que ambiciono ansiosa
Para dicha de la España,
No me importa el sacrificio:
¡Daré en prenda mis alhajas!»

¡Rasgo hermoso, memorable,
Digno de la egregia dama
Que en tal alto precio tuvo
El bienestar de la patria!

¡Si ya en la historia brillante
Sus conquistas no constaran,
Y sus hechos generosos
Y la piedad de su alma,

Este solo rasgo diera
A su nombre eterna fama,
Cual dió á su fecundo reino
La más sorprendente página!



¡TIERRA!

IV

En el puerto de Palos,
Rincón precioso de la tierra hispana
Que fértil y lozana
Convida á disfrutar de sus regalos;
Bajo aquel cielo azul, esplendoroso,
Donde refleja el sol del Mediodía,
Vistiendo de alegría
El ámbito anchuroso,
Impregnado también con la ambrosía
De las fragantes flores
Que en praderas, en patios y en altares,
Ofrenda del Señor, vierten olores
De nardos, rosas, jazmines y azahares;
Allí en el ancho mar que las riberas
Del histórico Palos humedece,
Una flota se mece
Compuesta de tres naves muy ligeras,
Insuficiente armada
Para surcar hasta el confín remoto
Que el insigne piloto

Pretende descubrir, tierra ignorada
Hasta que aquel gigante
De sublime y sin par inteligencia,
Calculando la forma redondeada
Del globo, en el estudio halló constante
La grandiosa verdad de su existencia.

Mas, si pobre es la escuadra, si mezquina
Para abordar la empresa peligrosa,
Que el navegante intrépido imagina,
En cambio, tan hermosa
Y tan grande es la idea
Que le impulsa á arrostrar males sin cuento,
Que por temible que el peligro sea,
Es de más importancia el pensamiento;
Y bien vale sufrir penas y luchas
Y hasta exponer la vida en el abismo,
Por librar otras muchas
Del triste oscurantismo,
Llevando al ignorante, humilde ó fiero,
Cual santo misionero,
La salvadora luz del cristianismo.

Pero ¡cuántos horribles desengaños,
Cuántas humillaciones, qué de afanes
A Cristóbal Colón, años tras años,
Costó poner en práctica sus planes!
Su genio poderoso
En la ciencia encontró fuente bendita,
Manantial de consuelo
Que fecundó su espíritu ardoroso,
Y halló en su misma fe gracia infinita
Para sufrir por su profundo anhelo
El desprecio y la mofa irreverente



De la incrédula gente
Que incapaz de sentir tanta grandeza,
Ni menos de alcanzar los altos fines
Del ilustre marino,
Dando á su empeño audaz y á su entereza
Intenciones mezquinas y rüines
Juzgaba desatino,
Extravagante y raro experimento,
El de su noble y luminoso intento.
Mas no todos los seres rechazaron
El inspirado ideal maravilloso
Del hombre aquél, justicia tributaron
También á su talento prodigioso
Los que con fe divina le escucharon.
Un digno religioso,
Y una prudente reina, enalteciendo
Las coronas que dan trono y tonsura,
Su protección al sabio concediendo,
Beneficio y ventura
Con patriótico amor dieron á España,
Y sus nombres queridos,
Que ni del tiempo el rudo polvo empaña,
Fueron eternamente bendecidos.

Era el amanecer de un bello día
De esos de Agosto en que la rica aurora
Con prematura luz su ardor envía,
Irisando con magia encantadora
El cielo sin rival de Andalucía.
A sus tenues fulgores recorridos
Los misteriosos velos enlutados
De las nocturnas sombras, embriagados
Aun guardaban su esencia y sus sonidos,

De las flores los pétalos cerrados
Y las aves dormidas en sus nidos.
Pero ya los rumores
De las olas despiertas,
Llevaron á los rudos moradores
Del contorno, entre ráfagas inciertas
De la pristina luz, anunciadores
Ecos de despedida,
Y sacudiendo activos la pereza
Del dominante sueño que convida
Al goce del reposo, con presteza
Abandonando el lecho y sus deberes
Más sensibles y amantes que curiosos,
Labriegos, pescadores, ciudadanos,
Viejos, niños, mujeres,
Y frailes franciscanos,
Hacia la playa fueron presurosos.
Al despuntar el día
Y aun antes de lucir la luz febea,
La flota de Colón, con gallardía
Y aparejada ya, se balancea
Entre las ondas de la mar bravía.
En breve va á partir á un mundo extraño,
Y la gente desea
Saludar al marino valeroso
Que sin miedo á la muerte ni al engaño,
Por camino dudoso
Entregado al vaivén del oleaje
Y puesta su esperanza en Dios piadoso,
Iba á emprender tranquilo su viaje.
Colón junto á la orilla,
Con la frente serena,

Do la aureola brilla
Del inefable bien que su alma llena,
Porque aquella mañana el pan divino
Comulgó con sus nobles compañeros,
Pronto el embarque ordena,
Que es hora de marchar á su destino,
Y los botes ligeros
Columpiándose ya desamarrados,
Comienzan el transporte hacia las naves
Que no lejos se ven; emocionados
Los que van á partir, como las aves
Que hacia el espacio, inciertas,
Alzan el ráudo vuelo misterioso,
Sin saber, inexpertas,
Dónde sus alas hallarán reposo,
Dan un sentido adiós á los que aman,
Hijos, padres, mujeres
Que de sus ojos el caudal derraman,
Y allí dejando amor, patria y placeres,
Repiten el adiós, entristecidos,
Secando á su vez lágrima importuna,
Que por mares, al fin, desconocidos
Van á encontrar la muerte ó la fortuna.

Un momento Colón, arrodillado,
A los pies del bendito religioso
Por quien se vió en su empeño secundado,
Recibe fervoroso
Su santa bendición, y con dulzura,
Le abraza, agradecido,
Y parte con firmeza y fe segura,
Pidiendo al padre Juan, enternecido,
Que le ayude á llegar á otras regiones

Dirigiendo al señor sus oraciones.
—«¡Adiós!» dice Cristóbal, sin flaqueza;
—«¡Adiós!» los compañeros
Exclaman con tristeza,
Que con él en tan frágiles maderos
Marchan desconfiados;
—«¡Adiós!» el pueblo grita
Con ayes angustiados,
Cuyo gemir el eco en lontananza
La viva voz imita
Con imponente y triste semejanza.
El sabio navegante
Que apresurar desea,
Solemne posesión en el instante
Toma del buque donde el viento ondea
El pabellón invicto de Almirante.
Es la *Santa María*,
El barco más hermoso
De los tres que la escuadra componía
Para cruzar el piélago asombroso.
De la *Pinta* y la *Niña*, diligentes
Los hermanos Pinzones,
El mando toman á su vez valientes
Y llenos de gran fe sus corazones.
Y hecha al fin la señal de la partida,
Al luminoso resplandor febeo,
La gente de la playa, conmovida,
Ve las naves con blando bamboleo,
A impulso de las velas desplegadas,
Surcar el Océano.
Crece entonces aun más el clamoreo,
Con las voces de ¡adiós! desconsoladas,

Que aquel conjunto humano
Lanza desde la orilla,
Dirigiendo con labios fervorosos
Una oración sencilla
A su santa patrona, temerosos
Por los que ya se alejan de sus lares,
Pues auguran, quizá supersticiosos,
Que en tan lejanos mares
No encontrarán el puerto apetecido
De su ardoroso anhelo,
Y náufragos en mar desconocido,
No volverán jamás al patrio suelo.

Poco á poco, las tres embarcaciones
Deslizarse parecen; mas ligeras
Para aquellos sensibles corazones,
Huyen de las riberas,
Con sus quillas cortando
La inmensidad que pronto les separa,
Siempre detrás dejando
Una estela de luz brillante y clara.
Y cada vez más lejos
Y más esplendoroso su camino,
Cual si fueran las lonas los reflejos
Del astro matutino,
Iban asemejando, ya remotas,
Las ilusiones que el antojo fragua,
O grandes gaviotas
Caminando serenas por el agua.

Algún tiempo después, montes de espumas
Parecían no más al idealista;
Luego, débiles plumas
Que con suave y blando movimiento,

De la afanosa vista
Las alejaba el viento;
Hasta que ya, cual nubes vaporosas,
Entre el azul del alto firmamento,
Y del mar, que dividen misteriosas
Las líneas del poder sumo y bendito,
Se perdieron al fin en lo infinito.

Con rumbo hacia el Sudoeste
Van las pequeñas naves;
El brillo de la bóveda celeste
Y las brisas suaves
Renuevan el ardor de los viajeros
Lanzados ya en empresas temerarias.
Al cabo de tres días,
Llegan á las Canarias,
Do se aprestan los bravos marineros
A reparar algunas averías
Para seguir tan largos derroteros.

La isla de la Gomera
Deja Colón después, y hacia Poniente
Con su flota velera
Gira como piloto inteligente,
Internándose audaz y decidido
Por la rauda corriente
En un inmenso mar desconocido.

Desde entonces, la duda y el recelo
Cunde en los tripulantes;
Ya no ven por doquier sino agua y cielo,
Y la muerte quizá que les aterra,
Porque sienten sus pechos palpitantes
No volver á pisar su amada tierra.
El sabio genovés los tranquiliza

Con promesa de grandes beneficios,
Y el mal humor suaviza
Con nobles artificios,
Por evitar, temores ocultando,
La travesía cierta y la distancia
Que atrás iban dejando,
Sin desmayar un punto su constancia.

A gran altura ya, más que ninguno
De su hemisferio se alejó cobarde;
Observador activo y oportuno,
Pudo notar Cristóbal una tarde
Que la aguja imantada
Hacia el Noroeste hallábase inclinada.
Disimuló el marino su extrañeza,
Pero al tercero día, más visible
La rara inclinación fué con presteza
Por otros advertida, y ya imposible
El contener la alarma entre la gente
Que juzgando la brújula perdida,
Creyó el mal inminente
Y en peligro su vida.
Mas otra vez Colón con su experiencia
Y sus sabias razones,
Calma la efervescencia
De aquellos corazones,
Y prosiguen su marcha confiados
Del ilustre cosmógrafo en la ciencia.
Por los vientos alisios empujados
con rapidez se sienten
Sobre aquellos caudales arrastrados.
Bien pronto los más tímidos advierten
Nueva causa de espanto en su carrera;

Cubierto ven el mar de verdes plantas,
Como fértil pradera,
Y oprime sus gargantas
El nudo del pavor que se apodera,
Porque en tal latitud, haber llegado
Al confín navegable se figuran,
Y todos, su temor comunicado,
Lo imposible aseguran
De seguir adelante, convencidos
De que en tan loca y vana diligencia,
Entre rudos escollos escondidos,
Perderán insensatos la existencia.

El mayor desaliento
Y el pánico entristece los semblantes;
Contra el noble marino el descontento
Reina en los tripulantes;
Murmuran de su empeño temerario
Y de torpe ambición lo califican,
Y quieren, sin que un punto se discuta,
Puesto que así lo entienden necesario,
Por las señales que el peligro indican,
Volver sobre su ruta;
Pero Colón, sereno,
La rebelión contiene con afables
Palabras que valor y fe revelan,
Y les afirma de entusiasmo lleno,
Que aquellos son los signos favorables
Del éxito que anhelan.

Mas los días transcurren y no ayuda
La suerte á descubrir la tierra ansiada;
Algo así como espíritu de duda
Va surgiendo en la mente atribulada

Del sabio explorador, porque supone
Que le engaña á sí propio su desvelo
Y que soñó ilusiones lisonjeras,
Al ver que el sol se pone
Siempre entre mar y cielo,
En lejano horizonte sin riberas.

Crece la agitación de los marinos,
Y al fin, amotinados
Contra el que expone en vano sus destinos,
Claman desesperados,
Y los más ignorantes,
Considerando loco al extranjero,
Y que conviene resolver cuanto antes,
Opinan con cinismo
No seguir al tenaz aventurero
Y arrojarlo en el fondo del abismo.

Pero con faz tranquila,
Ante el volcán que en lo profundo estalla,
Cristóbal, que ni tiembla ni vacila,
Aunque el peligro reconoce, calla.
Mas en tan cruel momento
De alegría conmuévese, mirando
Con ansiedad atento,
Varias aves volando
En torno de los buques, y mostrando
El indicio seguro
De que á cumplirse van sus profecías,
Grita con firme voz consoladora:
—«¡Tres días esperad, sólo tres días;
Y si no hallamos tierra, yo os lo juro,
Viraremos á España sin demoral»
Cálmase por encanto

La hostilidad siniestra de la gente
Y su inquietud domina; mientras tanto,
El audaz almirante sobre el puente
Sin dar tregua al reposo,
Observa sin cesar, calcula y mira,
Confianza en su ingenio poderoso
Y en la fe sacrosanta que lo inspira.
Entre las sombras de la noche, al lejos,
Ve un punto luminoso que destella
Con vívidos reflejos.
¿Será acaso ilusión de sus antojos,
O brilladora estrella
Que fulgura en los reinos siderales?
Por si se engañan sus cansados ojos,
Muestra á dos oficiales
El lejano esplendor y la evidencia
Adquiere de que es luz, luz bienhechora,
Realidad de benditos idëales,
Que del sabio confirma la experiencia.
—«¡Esa es la luz, exclama,
Del mundo que soñé, luz bendecida,
Como del cielo refulgente llama,
Que hoy alumbra el camino de mi vida!»
A la siguiente aurora,
Todo es ya animación, porque se aumentan
Al soplo de la brisa movedora,
Nuevas señales que el valor sustentan.
Especies variadas
De animales marinos,
De pájaros preciosos en bandadas,
Que armonizan el aire con sus trinos.
Ramas de árboles, frutos desgajados,

Ven flotar á merced de la corriente
Y hasta un bastón de artísticos tallados,
Clara prueba del hombre inteligente.
Ya no pueden dudar, y la tristeza
Se convierte en dulcísima esperanza;
Todos los ojos miran con fijeza,
Avidos de descubrir en lontananza
La tierra que ambicionan;
El mustio corazón la fe reaviva
Y los labios al cielo un himno entonan.

Todavía una noche perdurable
Pasa mientras Colón con ansia viva,
Febril y silencioso
Siempre sobre la popa, imperturbable,
Sigue en expectativa,
Queriendo ver atento y afanoso
A través de la sombra impenetrable...
De repente, se escucha un estampido
Que retumba lejano,
Cual si á su voz hubiese respondido
Algún acento humano.
Fué aquel el cañonazo convenido
Que la *Pinta* delante, más velera,
Con prontitud dispara
Al descubrir por fin una ribera,
De la que aun largo trecho le separa.
En los otros navíos se estremecen
De gozo sin igual los corazones
Y agradecidos, al Señor ofrecen
Benditas oraciones.
A la primera luz del claro día,
Y ya juntas las tres embarcaciones,

Un unánime grito de alegría
Se escapa de los pechos,
Y—«¡¡tierra!! ¡¡tierra!!» con delirio exclaman,
En lágrimas deshechos,
Que jubilosos de placer, derraman.
Y el genio que luchó contra el dilema,
La amenaza y la burla, del arcano
Viendo resuelto al fin el gran problema
Que ocultaba el caudal del Oceano,
Alza la vista al cielo,
En actitud humilde y fervorosa,
Porque Dios, coronando su desvelo,
Le conduce á la playa misteriosa.

Ya cercanos están de una isla hermosa
De gigantescos árboles poblada,
De verdosa y espléndida llanura
Y por extraños séres habitada,
Quienes, al ver las naves, con pavora,
Cual monstruos del abismo,
Juzgándolas inquietos é ignorantes,
Al interior del bosque retroceden.
Los bravos navegantes,
Que el entusiasmo apaciguar no pueden,
Con músicas y cánticos de gozo
Expresión la más fiel del alborozo,
Tocan por fin la orilla suspirada.

Colón es el primero
Que de aquel nuevo mundo
Pisa la fértil tierra conquistada,
Cual triunfante guerrero,
Y con ardor profundo
Postrándose de hinojos,

Besa el soñado suelo apetecido,
Lo riega con el llanto de sus ojos
Y bendice al Señor, agradecido.
También sus compañeros, prosternados,
Rinden su acción de gracias reverentes
Y en el terreno dejan señalados
Sus ósculos y lágrimas ardientes.

El cristiano espectáculo grandioso
De estos hombres allí desconocidos,
Su aparato ruidoso,
Sus voces entre armónicos sonidos,
Su blanca piel, lo extraño de sus trajes
Y el brillo de sus armas, con sorpresa
Temerosos admiran los salvajes,
Y en su cobriza faz, aun más se expresa
El asombro y terror indifinibles,
Cuando escuchan las salvas que estremecen
Del tonante cañón, y el humo sube
Como negruzca nube,
De las casas movibles
Que los barcos inmensos les parecen.
No enemigos al fin se les figuran,
Sino enviados del celeste imperio,
Y algunos se aventuran
A descubrir curiosos el misterio
Que envuelve á tan extraños personajes,
Tocando con respeto y sonrientes
Sus rostros, sus ropajes,
Y sus armas cortantes y lucientes.

Hecha la acción de gracias religiosa,
Por haber descubierto
Con la divina ayuda poderosa

El anhelado puerto,
A nueva ceremonia se disponen
Los nobles europeos que la armada
Con reducido número componen.
A la voz ya temida y respetada
Del ilustre Almirante,
Con orden y atención obedeciendo
Se aprestan todos al solemne instante
Su regocijo apenas conteniendo.
Con las insignias de virrey ornado
Y la púrpura hermosa, cuyo brillo
Con resplandores como el sol dorado
Que deslumbra al indígena sencillo,
Un aspecto le da majestuoso,
El gran Colón, la imagen soberana
De Jesucristo alzando victorioso,
La isla bendice con piedad cristiana,
San Salvador la nombra fervoroso,
Porque allí les llevó la santa egida
Del inmortal Señor de los señores,
Y proclama con voz enternecida,
Queriendo derramar con sus ardores
En el nuevo país la salvadora
Luz que alumbra con sacros esplendores,
La religión excelsa y bienhechora.
Y alta hacia el cielo la gentil cabeza,
El regio pabellón enarbolado,
Cual caudillo que al fin la fortaleza
Con riesgo de su vida ha conquistado,
Ciñéndose del héroe la corona,
Mientras el fiel soldado
Con respeto á su voz la sien humilla,
¡De aquel mundo Colón se posesiona
En nombre de los reyes de Castilla!

AMÉRICA

V

Tierra hermosa, feraz, privilegiada
Como nación ninguna por su suelo
De inmensa longitud, iluminada
Con la luz más espléndida del cielo.
Tierra bendita como el bien formada
Para servir de encanto y de consuelo,
Por el Sumo Hacedor, que darnos quiso
El goce terrenal del paraíso.

Bañan sus costas piélagos y mares,
Golfos profundos, ríos caudalosos
Que fertilizan plácidos lugares.
Praderas cual jardines deliciosos;
Vírgenes selvas, bosques seculares
Intrincados, umbríos y verdosos;
Y emanan de sus frondas y sus flores
Dulce esencia y balsámicos olores.

Forma extendidos llanos, quebraduras,
Anchas profundidades escabrosas,
Despeñándose siempre en sus honduras
Cataratas inmensas y ruidosas;

Y montes de fantásticas alturas
Que encierran sus entrañas misteriosas,
Bajo la nieve, fuego, manantiales,
Y de oro y plata magníficos caudales.

Sorprenden al viajero en su visita
De los Andes la hermosa cordillera,
Que cruza el Orinoco en infinita
Extensión, fecundando su ribera;
El Niágara que audaz se precipita
Con asombrosa y rápida carrera;
Del cielo austral las noches estrelladas
Y sus bellas y vivas alboradas.

El rocío süave y abundoso
Que refresca del clima los ardores;
El céfiro movible y delicioso;
El trinar de los pájaros cantores,
Que alegran el espacio luminoso
Con su rico plumaje de colores;
Y el condor atrevido, cuyo vuelo,
Por llegar hasta Dios, eleva al cielo.

La exuberante y pródiga natura
En todo su esplendor y su grandeza;
El fruto alimenticio, la dulzura
Del plátano y la piña en su rudeza,
Del coco y la banana la frescura,
Y cual lujo de insólita riqueza,
El ámbar, los carbónicos brillantes,
Las perlas, esmeraldas y diamantes.

Rico pensil de dichas regaladas,
Maravillas del Padre Omnipotente,
Por los siglos ocultas é ignoradas
De la antigua región inteligente;

Seductoras bellezas reservadas
Para el hispano suelo floreciente,
Al que Dios concedió en sus altos juicios
Los dones de tan grandes beneficios.

Revelados á un hombre por la ciencia
Que alumbró como antorcha sus ensueños,
Aquel sér ilustrado en la experiencia,
Decidido y tenaz en sus empeños,
Guiado por la santa Providencia
Llegó al fin de sus planes halagüenos,
Luchando en lides trágicas, sin nombres,
Con los mares, los vientos y los hombres.

Colón fué el inspirado navegante
Que descubrió la ruta no marcada,
Y el que primero la cruzó triunfante
Hasta la ignota orilla ambicionada;
Con asombro del crítico ignorante
Y á pesar de la burla encarnizada,
Alcanzando en su honor eterna gloria
Un nuevo mundo regaló á la historia.

Era aquel territorio bienhadado,
El continente en sueños concebido,
Con valles y florestas decorado,
Con gran vegetación embellecido.
Mas no en el primer puerto conquistado
Se encontraba el tesoro apetecido,
Y dejando las fértiles Lucayas
Singló el marino audaz hacia otras playas.

Cuba con sus paisajes pintorescos
Se ofreció á sus miradas, sonriente,
Con árboles frondosos, gigantescos,
Y sus ríos de rápida corriente,

Cuyos efluvios odorantes, frescos,
Suavizan el rigor del astro ardiente;
Enriqueciendo más estos lugares
La cultura que halló en los insulares.

Admirado de tantas maravillas
Prosiguió en su misión exploradora
Por tan bellas y plácidas orillas,
El insigne piloto, sin demora
Surcando el vasto mar de las Antillas;
Y en la espléndida Haiti, la encantadora,
Ancló para buscar afortunado
El precioso filón tan deseado.

Los sencillos y rudos naturales
Juzgando á los ilustres europeos
Unos séres, sin duda, celestiales,
Con extraños y bélicos arreos,
Sin saber el valor de los metales,
Humildes coadyuvando á sus deseos,
A cambiarles el oro á los bajeles
Iban, por dijes, vidrio y cascabeles.

Ganoso de volver Colón á España,
Ya sin más naves que la *Niña* sola,
Para llevar las muestras de su hazaña,
Ceñida de los héroes la aureola,
Antes de abandonar la tierra extraña,
Quiso, erigiendo el fuerte la Española,
Que varios de los suyos se quedasen
Y cultura y moral allí enseñasen.

Con tal disposición, digna y prudente,
Y lleno de esperanzas, en la creencia
De que obraría con bondad su gente,
Tranquilo el corazón y la conciencia,

Alejóse del nuevo continente,
Virando hacia la Europa, de su ciencia
Ansioso de ofrecer con propias manos
Las pruebas á los reyes soberanos.

Dada cima feliz á su proyecto,
Arrostró nuevamente valeroso
Las fatigas y penas del trayecto,
Confiando en el Todopoderoso
Que tuviese su afán cumplido efecto;
Hasta que al fin el nauta victorioso
Arribando hacia el punto de partida,
A Palos de Moguer tornó con vida.

Grande asombro causó, grata sorpresa
En el pueblo, al saber sus habitantes
El éxito feliz de la ardua empresa
Que á regiones ignotas y distantes
Llevó á Colón cumpliendo su promesa;
Y admirados, de dicha palpitantes,
Lo acogieron sentidos corazones,
Con abrazos de amor y bendiciones.

No fué empeño perdido, cual temían,
Ni fueron locas ilusiones vanas;
Que la brillante realidad veían
De aquellas costas magníficas, indianas,
En el oro y la gente que traían,
Y con repique alegre de campanas
Y jubilosas muestras de contento,
Celebraron el gran descubrimiento.

Al seguir á la corte su camino
Iguales lauros recogió do quiera;
Por todas partes encontró el marino
Con flores perfumada su carrera,

Ensalzado su ingenio peregrino;
Y su entrada triunfal y lisonjera
Hizo, ornado de fúlgida corona,
En la condal y bella Barcelona.

Los Católicos Reyes, asombrados
Con la buena noticia inexperada
De los ricos terrenos explorados
Por Colón, cuya ciencia confirmada
Vieron con tan grandiosos resultados,
Al aviso feliz de su llegada,
Con aparato y gran magnificencia
Concedieronle en público la audiencia.

La relación del sabio navegante,
Los contratiempos en el mar sufridos
Y su valor en lucha tan gigante,
Escucharon los reyes conmovidos
Con atención profunda, interesante,
Hasta quedar suspensos, sorprendidos,
Al saber, como en brillantes sueños,
De los grandes tesoros que eran dueños.

Gracias á Dios bendito, de rodillas
Rindieron por tan célicos favores,
Y húmedas por el llanto las mejillas,
Ofreciéndose amantes protectores
Del que ganó tan raras maravillas,
Lo colmaron de elogios y de honores.
¿Qué menos para aquel genio fecundo
Que regaló á la España un nuevo mundo?

Y cual si golondrina misteriosa
Por ensalmo el anuncio divulgara,
De la acción atrevida, prodigiosa,
Que un humilde mortal verificara,

Extendióse la nueva venturosa
Como el reflejo de la luz preclara;
Y Cristóbal Colón, ya laureado,
Fué de Europa querido y venerado.

Lejos de envanecerse el buen piloto
Con la gloria alcanzada, agradecido,
Sus promesas á Dios, fiel y devoto,
Cumplió con burdo traje revestido,
Y con sacro fervor segundo voto
Pronunció en fuego místico encendido;
¡Por el Santo Sepulcro á los infieles
Dar la vida, riquezas y laureles!

Con honor para el trono y gran contento
Del ilustre almirante, en breve lista
Otra escuadra con todo el armamento
Que juzgó necesario, y bien provista,
Fletó para tornar en seguimiento
De su noble trabajo de conquista;
Y con gente, cultivo y construcciones
Colonizar aquellas posesiones.

Y lanzado otra vez á la ventura
Del insondable mar por el abismo,
Atravesando su infinita anchura,
Dió pruebas de valor y de heroísmo.
Nuevas costas halló con la hermosura
Que soñara ardoroso en su idealismo;
Nuevas minas y fértiles lugares;
¡Pero también tristezas y pesares!

Siempre activo, sereno y animoso,
Por doquier en las islas que exploraba,
Huellas de ilustración y el bien precioso
De la divina fe tras sí dejaba;

Que hacer un reino culto y poderoso
Y engrandecer la cristiandad ansiaba.
¡Mas cuán poco los hombres le ayudaron
Y con cuánta injusticia lo trataron!

Rudo golpe sintió, pesar intenso
Que le produjo dolorosa herida,
Cuando al tornar á Haiti, miró suspenso
La pequeña colonia destruída.
El torpe abuso y el rigor inmenso
De la española gente establecida,
Por el afán del oro y del dominio,
Fué la causa infeliz de su exterminio.

El ignorante indígena, forzado
De la vil servidumbre al fuerte yugo,
De su preciosa libertad privado,
La libertad que el cielo darle plugo,
Contra el déspota impío rebelado,
Se convirtió de víctima en verdugo,
Destruyendo con furia los poderes
De aquellos que creyó divinos seres.

Difícil fué á Colón en tal mudanza
Calmar á los haitianos, ya temibles,
Tras la fiera hecatombe que en venganza
Hicieron por el número invencibles.
Mas á fuerza de amor y de templanza
Logró verlos tranquilos y apacibles;
En tanto que sus propios compañeros
Conspiraban contra él falsos y arteros.

La condición de algunos orgullosos
Que rechazaban como duro ultraje
Los rudos ejercicios trabajosos
Y el rendir á Cristóbal vasallaje,

Así cual de los muchos codiciosos
La rabiosa impaciencia y el coraje
Al sentir su ilusión desvanecida
De acumular tesoros enseguida,

Fueron mayor obstáculo y motivo
De pesadumbre para el buen virrey,
Pero no se arredró, que reflexivo,
Y, aunque severo, amante de la ley,
Imponiendo al rebelde correctivo
Y organizando la insurrecta grey,
Con el fin de evitar males mayores,
Embarcó para España á los traidores.

Restableció la paz y la armonía
Por aquellas regiones, pero en vano
Quiso contrarrestar la felonía
Y el proceder maléfico y villano
De aquellos que expulsó, quienes con fría
Y dañada intención, en el hispano
Suelo, al noble almirante, en són quejoso,
Acusaron de cruel y de ambicioso.

Tales gritos y frases calumniosas
Por perderle lanzaron lastimeros,
Que los reyes sus dudas enojosas
Aclarar procuraron justicieros,
Convenciéndose al fin, que eran odiosas
Maquinaciones de enemigos fieros;
Pues el recto Colón, al presentarse,
Logró sin gran trabajo vindicarse.

La fiel explicación, sencilla y clara,
Que expuso de sus hechos, con firmeza,
Y el oro y los productos que aportara
Para aumentar del trono la riqueza,

Hizo que la opinión se reformara
De su honor, su pericia y su destreza.
Y hacia el nuevo hemisferio, complacido,
Volvió más admirado y aplaudido.

Del gran explorador la valentía
Y el acertado fin de sus intentos,
Que otro horizonte abrió en la geografía,
Estimulando á más descubrimientos,
De muchos excitó la fantasía,
Y de riqueza y títulos sedientos,
Dejando sin pesar los patrios lares,
Al vaivén se lanzaron de los mares.

Y Sebastian Cabot el veneciano,
Tierra Nueva al hallar de ardor se inflama
Y prosigue adelante; pero ufano
El noble portugués Vasco de Gama,
De otra ruta á las Indias el arcano
Descubre mereciendo mayor fama;
Y Lepe, Carvajal y los Pinzones
Hacen por el Brasil exploraciones.

Con Alonso de Ojeda se aventura
Américo Vespucio el florentino,
A navegar por la infinita anchura;
Del ilustre Colón sigue el camino,
Y hombre de gran saber luego inaugura
Su descripción en libro peregrino,
Consiguiendo tal éxito y renombre
Que el continente aquél toma su nombre.

Injusticia sensible, inexplicable,
Contra el marino de tan alta ciencia,
Que con una constancia inimitable,
Exponiendo su vida en la experiencia,

Descubrió con un cálculo admirable,
De aquel mundo precioso la existencia.
¡Indigno proceder, olvido ingrato
De un pueblo que se precia de sensato!

Mas tal ingratitud, tales errores
Contra el derecho real y positivo
De Colón, no amenguaron depresores
El valor de su mérito efectivo.
Que fueron injusticias aun mayores
Las que dolor causáronle más vivo.
¡Nadie tanto probó la suerte vana
Y lo efímera que es la gloria humana!

Cuando más favorable y más segura
Creyó su noble causa confiado,
Después de haber tenido la ventura,
De hallar nuevos países y enviado
De su pródigo suelo y su hermosura
El anuncio a los reyes, detallado,
Con muestras de sus ricos vegetales
Y un capital en perlas y en metales,

La envidia que inclemente y alevosa
Trabajaba en su torpe y bajo oficio
Por manchar corrosiva y venenosa,
El nombre que con tanto sacrificio
Ganó el descubridor en lid gloriosa,
Pudo con su rastrero maleficio
Hacer que la calumnia se acogiera
Y contra aquél al fin prevaleciera.

Nuevo emisario con poderes plenos
Cuenta de su conducta al Almirante,
Acusado de atroces desenfrenos,
Pide con intención mortificante;

Y aunque en orden las cosas y serenos
Los ánimos encuentra, dominante,
Cometiendo insensato un vil abuso,
Arrestar á Colón manda el intruso.

Y despojado, triste, dolorido,
La odiosa vejación de Bobadilla,
Probando á su pesar estremecido,
Aunque sereno, humilde y sin rencilla,
Cual pago á sus desvelos concedido
Por los nobles monarcas de Castilla,
¡Marchó esta vez á Europa, desairado,
Deprimido, infeliz y encadenado!

Mengua fué para España el atropello,
El castigo que obtuvo vergonzoso
Quien marcó su existencia con el sello
Del triunfo memorable y portentoso
Que consiguió con divinal destello.
Pero fué más sensible y doloroso,
Y mucho más al héroe le afrentara,
Que de su honor preclaro se dudara.

Borbotó la española efervescencia
Rechazando indignada y conmovida
La terrible agresión y la violencia
Con el sabio eminente cometida.
Pronto lució sin mancha su inocencia,
Y recobró la libertad perdida,
Pero á sus antes protectores regios
En vano reclamó sus privilegios.

Y aunque así, por el golpe resentido,
Probar quiso otra vez rudos azares,
Siendo por el Señor favorecido
Cual si fuera su agente de los mares.

La gloria de su nombre exclarecido
Reflejó de la fama en los altares;
¡Mas cual memoria de sus duras penas
Llevó siempre consigo las cadenas!
¡Hierros que cautivaron al coloso
Para eterna mancilla del osado
Que le robó con ellos el reposo;
Cual recompensa los guardó el cuitado
Hasta que pobre, viejo y achacoso,
Aunque nunca abatido ni cansado,
Y coronada de esplendor la frente,
Su espíritu rindió al Omnipotente!

La ambición de los hombres no saciada,
La sed de lauros y la audaz codicia
Nunca bien satisfecha ni domada,
A muchos impelió con avaricia
Por la brillante senda comenzada,
Alcanzando, aplaudidos con justicia
Los menos, como el bravo Magallanes,
La solución hermosa de sus planes.

Al istmo de Darien por las corrientes
Llega Balboa, intrépido singlando;
Y Grijalba y Cortés cruzan valientes,
Los caudalosos mares, arribando
De Méjico á las costas florecientes,
Nación tan culta y bella contemplando
Como los sueños que la mente fragua,
Con frondosos jardines sobre el agua.

No por ser menos noble, con aliento
Vira también Pizarro valeroso
Hacia las playas del Perú opulento,
Y explota sus riquezas codicioso.

Siguen otros igual procedimiento;
Y en Chile el gran Valdivia belicoso,
De la bravura y poderío hispano
Deja eternal memoria al araucano.

Muchos fueron los héroes que impelidos
Por el ardor de la triunfante gloria,
Obtuvieron, por Dios favorecidos,
En aquellas regiones la victoria
De ilustrar con sus rayos bendecidos
Las páginas primeras de su historia;
¡Mas uno solo fué quien inspirado
Abrió aquel libro espléndido y dorado!

¡El inmortal Colón, genio fecundo,
Mártir ilustre de la fe bendita;
Su clara ciencia con ardor profundo
La negra sombra á deshacer le incita,
Y de aquel ignorado nuevo mundo
El camino á los hombres facilita,
Siendo el primero cuya fuerte mano
Alza allí el estandarte del cristiano!

Hoy el noble español, reconocido
Y de la Europa entera el sentimiento
Que brota en su alabanza enardecido,
Rinden tributo fiel á su talento,
Y librando su nombre del olvido,
Lo elevan en el alto monumento
Que levantó la fama á su hidalguía,
A su virtud y gran sabiduría.

¡Y América gentil, deslumbradora,
Como brillante de sin par belleza,
Que á los ávidos ojos enamora;
Emporio del saber y la riqueza;

A su libertador también honora,
Y con orgullo exhibe su grandeza
Ostentando los nombres, cual tesoro,
De América y Colón en letras de oro!

FIN DEL POEMA

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

El Faro de la virtud (libro de texto para las escuelas),
segunda edición.

Corona á Santa Teresa de Jesús, por una hija de
Nazareth.

El santo de la aldea (poema).

El terremoto de Andalucía (cuadro).

Album de boda (para regalo de novias).

Americanistas ilustres (apuntes biográficos).

El diablo en el púlpito (cuento en verso).

COLÓN y AMÉRICA. Este poema se halla de venta,
al precio de una peseta, en la librería de D. Fernan-
do Fe, Madrid.